



### **Un Matadero estilo Halal Proporciona Alimento para una Cultura Enviada Desde Lejos**

Por Andrea Elliot, **9/03/2005**

El matadero es una fortaleza en el paisaje industrial rústico de Newark oriental. Su exterior de ladrillos sin ventanas del no revela nada de las escenas interiores. Sólo las palabras Meca Halal Meat, impresas en un camión estacionado fuera, las que insinúan el mundo que existe detrás de las puertas de acero.

Otro indicio viene con la llamada a la oración. Sale hacia fuera por una abertura, mezclado con los zumbidos desde la Autopista de Nueva Jersey. El interior, la voz se mueve de a través del espacio, donde los pollos, toros y cabras llegan para encontrar diariamente su muerte. Estallando desde los altavoces, los sonidos se ciernen sobre el jefe de los carniceros, Jaci DaSilva, un inmigrante brasileño que se convirtió al Islam hace una década.

La llamada alcanza a otro espacio donde Saleh, un nigeriano de 52 años de edad, corta hábilmente la garganta de una gallina mientras murmura las palabras que hacen el halal del pájaro, o lícito en el Islam: "Bismillah, Allahu akbar." (En el nombre de Dios, Dios es grande). El centinela parado cerca de la entrada es Omar Mady, uno de dos jefes egipcios. Y manejando lejos con una camioneta repleta de cabras peladas hay un albanés cubierto de arena, Muhamed Beqiri, que alimenta el próspero mercado musulmán de Paterson, N.J.

La Carne americana de Halal, en el Bulevar de Raymond, es un monumento pequeño pero que habla de la gran presencia creciente de musulmanes en los Estados Unidos, ahora estimada en más de siete millones. Los animales matados aquí cada día - son miles en una semana en una de las operaciones más grandes de la región - y son enviados a carniceros y restaurantes muy lejos como Filadelfia y Albany, alimentando a personas que tienen mucho tiempo vivido marginados de las imágenes culturales de América.

Mas el matadero es tan profundamente Americano como musulmán. Es un lugar donde la espiritualidad se mezcla con el comercio, y donde las relaciones comerciales se realizan con una eficiencia pero con acento Americano y pérdida del sentido de la fraternidad.

**La cultura sostenida por los matadero cruza los continentes y barreras de clases, la política, el color de piel y el idioma.** La fe es el unificador, pero aún se expresa de las maneras más chocantes. Algunos trabajadores oran cinco veces un día. Los otros han dejado lejos el Islam en el que ellos fueron criados, tirados por impulsos juveniles a experimentar como es América.

Y aún otros vinieron a este país con creencias diferentes, sólo para encontrarse a sí mismos fuertemente seducidos por las enseñanzas del Corán. Junto, ellos forman un veraz, pero complejo, retrato de la vida musulmana que es típicamente apreciado por el mundo exterior. El matadero es un lugar que tiene corrientes de aire, húmedas y es de aspecto cavernícola adaptable a la vida diaria sólo por el compañerismo de las personas que se reúnen allí. En un día determinado, los imanes en batas y los afroamericanos comunes transforman el paisaje. Pasan los años, sus tradiciones y los idiomas han dejado impresiones, grandes y pequeñas, en los trabajadores, que en su mayor parte son brasileños y de América central. Algunos de los hombres se han convertido. La mayoría emplean la palabra hermano - una costumbre entre musulmanes -al referirse el uno al otro, ya sea los clientes e incluso hasta el inspector local del United States Department of Agriculture. El acre olor a sangre y blanqueadores se descuelga sobre el espacio más amplio - conocido como el piso de la muerte, donde la matanza empieza a las 7 de la mañana. Uno por uno, los animales más grandes son conducidos a un dispositivo cerrado de metal donde una cadena serpentea alrededor de una de sus piernas y el animal termina ahorcado al revés. Según las enseñanzas del Profeta Muhammad, la persona que hace la matanza debe ser musulmán, y debe matar el animal cortando su garganta con un cuchillo agudo. Sucede rápidamente, y un torrente de sangre golpea el piso de concreto, a menudo salpicando las paredes, las manos, los delantales, los sombreros y los brillantes impermeables amarillos de los trabajadores.

Cuándo un carnicero se enfrenta con un toro de 1,500 libras, la tarea lo puede llegar a intimidar. Entre las dos docenas de trabajadores en el matadero, hay varios hombres de amplio tórax que parecen ser las elecciones obvias para el trabajo de carnicero. Omar Mady no viene a tener inconveniente en serlo.

### **Con Saludos**

Para apreciar lo que debe haber sido un enorme salto profesional, uno necesita gastar sólo cinco minutos con el Sr. Mady. El lleva el pelo suavemente peinado y habla con una débil sonrisa de estrella de cine. El nunca levanta su voz. Siendo hijo de un ejecutivo bancario del Cairo, el Sr. Mady había venido a los Estados Unidos con planes más ambiciosos. Llegó a Nueva York graduado en contabilidad y 3.000 dólares en efectivo, que en 1979 era un comienzo cómodo. Encontró un trabajo como contable en Trump Plaza y supo vivir con lujo las noches en ese pueblo. Su vida despreocupada terminó después que un conocido egipcio le pidió que comprara las acciones a un hombre dueño de una carnicería pequeña en la Ciudad del Jersey. El Sr. Mady estuvo de acuerdo, viéndolo como una buena inversión. Lo suficientemente rápido, el otro accionista se quiso ir y el Sr. Mady se quedó de repente manejando el negocio solo: comprando, matando y vendiendo - todo, solo.

"Para mí, era como una pesadilla," dijo el Sr. Mady, de 48 años, mientras se sentaba recientemente en su oficina.

"¿Sólo para usted?" preguntó su esposa, Susie Mady, mientras ella alcanzaba una tajada de pizza de halal e ignoraba el "Fantasma de la Opera" mientras sonaba su teléfono celular.

"Toda mi familia, hay médicos, ingenieros, contadores," continuó el Sr. Mady. "Yo no tengo ningún carnicero. Para mi familia, el ser carnicero es de clase baja. No educado."

Cuándo el Sr. Mady cayó en el negocio de la carne de halal hace 21 años, no había mataderos de halal en la región de Nueva York. (ahora hay tres en Nueva Jersey y uno pequeño en Queens.) Cada vez mas musulmanes se trasladaban a Nueva York y Nueva Jersey desde países como Egipto y Pakistán, pero, como el Sr. Mady, muchos de estos inmigrantes vinieron de clases profesionales. Inevitablemente, los médicos encontraron trabajo como conductores de taxi y los abogados llegaron a ser ayudantes de camarero. Pero los carniceros eran escasos.

Eventualmente, el Sr. Mady decidió aprender sobre su propio comercio. Entonces, los carniceros de halal compraban su ganado en subastas y los llevaban a mataderos no religiosos o autorizados por la ley judía. Allí, los carniceros musulmanes esperarían a que su ganado apareciera sobre los pisos de la muerte y entonces los mataban ellos mismos. La primera vez el Sr. Mady cuando trató de hacerlo, sus manos le temblaban, contó. "Yo era muy cobarde," dijo. "Nunca había cortado ni un dedo antes."

Contra las objeciones continuadas de su esposa y padres, el Sr. Mady buscó la guía de un carnicero musulmán y, dentro de unas semanas, se entrenó. Por los mediados de los 90, sus clientes, se habían multiplicado por diez. Pero él se fue cansado de tomar siempre su ganado para que fuera matado en otros mataderos y soñaba con tener su propio lugar. Durante diciembre, cuatro años después, el Sr. Mady persuadió a un amigo egipcio, Hamed Nabawy Hamed, para ser su socio, y compraron la Raymond Boulevard.

"Es mi sueño," dijo el Sr. Mady cuando él se paró fuera del edificio una tarde reciente. Pero el sueño no estaba completo: él y el Sr. Hamed imaginan una tienda integrada, con un supermercado, una agencia de viajes y una sala de espera afelpada donde Al Jazeera se emitiera en la televisión de pantalla plana.

### **La Cabeza del Carnicero**

El matadero, podría asimilarse a una calle de dos veredas.

En el edificio se escuchan resonantes palabras junto con el español y el portugués, el árabe e inglés. En el centro del murmullo, callado está el Sr. DaSilva. Nadie inspira más respeto, ni aun los nuevos jefes egipcios.

El jefe de los carniceros nació en Brasil y es el que ha estado en el matadero por más largo tiempo. El se refiere a su colección de cicatrices como trofeos, y los señala con un índice más grueso que la mayoría de los pulgares de hombre. En la cafetería, cuando él habla, los hombres quedan silenciosos. Ellos se apartan cuando él se mueve por el pasillo, con un cuerpo que bloquea la luz. "Construí este lugar," quiere decir con una voz que brama.

El Sr. DaSilva se anunció como un cristiano evangélico. El no buscaba una nueva religión cuando él dejó Minas Gerais en 1988 y cruzó el Río Grande en los Estados Unidos, dijo; él buscaba solo trabajo. En ese tiempo él tenía 19 años, y se había ganado la vida matando ganado con un machete en un matadero brasileño. El tomó un autobús desde Tejas hasta Newark, y buscó el matadero más cercano. "Yo los podría oler," dijo.

Un mes después que él llegó a Newark, el Sr. DaSilva se topó con el recientemente abierto Halal Custom Meats, matadero que ahora pertenece al Sr. Mady y Sr. Hamed bajo un nuevo nombre.

"Dios me puso en ese matadero," dijo el Sr. DaSilva una tarde, mientras él se sentaba sobre un doble colchón en el apartamento que él comparte con su hermano e hijo.

La conversión de DaSilva al Islam fue más cultural que religiosa. Cuando él vino a los Estados Unidos, él había sentido a veces que las personas decían que los musulmanes eran malos o no confiables, dijo. Pero él sintió una cercanía instantánea con su jefe y clientes. El adoró la Cristiandad pero había llegado a sentirse desilusionado con el desempeño de las iglesias evangélicas brasileñas en los Estados Unidos.

"Usted va a la iglesia aquí, y encuentra que el pastor manda dinero a su hogar en Brasil para comprarse una casa," expresó, hablando en portugués. "El verdadero musulmán es una persona muy buena. Ellos son honestos, honestos, honestos."

Hace once años, un imán Afroamericano que frecuentaba el matadero empezó hablar al Sr. DaSilva acerca del Islam, y lo condujo a una mezquita en Newark. En la puerta, el Sr. DaSilva vio cuán diferente era. "No existe iglesia donde usted se quita su zapatos," él dijo riendo. Pero se sintió como en su casa.

La esposa de DaSilva se convirtió también, y su hijo de 20 años de edad, el menor, está haciendo lo mismo.

"Quiero ser musulmán," dijo el Sr. DaSilva. Hoy, él es un híbrido cultural. El se considera a si mismo un vaquero brasileño, y lo demostró cuando un toro corrió entre el tráfico en el Raymond Boulevard en diciembre. El Sr. DaSilva persiguió el animal lo tumbó hacia abajo, asiéndolo por la cola mientras su hermano lo enlazaba.

Pero así, en forma natural, el Sr. DaSilva saluda a sus clientes masculinos musulmanes con un beso en ambas mejillas, como es costumbre en muchos países del Medio Oriente. "Hola hermano," dijo el Sr. DaSilva una tarde reciente, mientras se estaba enjugando las manos y secando con un delantal de salpicado de sangre, y luego besó las mejillas de Yousef Siyam, el dueño de una carnicería en Old Bridge, N.J.

"Alhamdulillah," respondió el Sr. Siyam, utilizando el saludo árabe común, "el Elogio debe ser hacia Alá".

### **Otra Generación**

No es aún de tarde pero Ali, de 23 años, está fatigado. El se sienta desplomado ante una computadora en la oficina superior del matadero, rodeado por los símbolos de su niñez congoleña. Unos signos árabes en la pared citan al primer sura del Corán. Una alfombra está enrollada en el rincón, utilizada por el Sr. Hamed y otros para la oración diaria.

Pero Ali, que no dio su apellido, se ha alejado lentamente de su fe. El ha renunciado en gran parte a la oración, aceptando sus días laborables de 12 horas sin mucha pausa. Durante el día, él trabaja como el director de control de calidad en American Halal. De noche, él estudia para obtener un título en negocios en el Colegio del Condado de Essex.

El está atrapado por una nueva curiosidad. Desde que vino a América hace cuatro años, le ha tomado el gusto a la cerveza y al sexo. El tiene una compañera. Ambas actividades - beber alcohol y tener sexo antes del casamiento - son haram, o prohibidas, contrarias al halal.

"Mi sueño es tener un mall en el Congo," dijo. "Tenemos muchos centros de compras pero no un paseo de compras (mall)."

El padre de Ali, que dejó también el Congo para ir a Newark, es su única ancla al Islam. Fué el padre de Ali que advirtió que su hijo no iba más a la mezquita. En su insistencia, Ali finalmente concurrió al Islamic Cultural Center en el Branford Place en Newark recientemente. El se paró afuera, mirando fijamente la entrada por cerca de cinco minutos.

"Yo no lo podría hacer," dijo. "Usted no puede ir a la mezquita cuando usted no está limpio. "Yo no estoy respetando a Alá." Pero para respetar a Alá, uno debe respetar halal, dijo. Y halal ha perdido aplicabilidad en su vida.

"Yo siempre le digo a mi papá, "yo no puedo respetar todo estas reglas, " dijo Ali. "Es demasiado para mí."

La salida de Ali de su fe puede parecer extraño, dada la buena ubicación como musulmán en su lugar de trabajo, pero es un cuento común entre jóvenes como él: América, con sus riquezas y libertades, coloca en un desafío profundo a la juventud musulmana. La prueba es aún más grande para los niños nacidos en América, de inmigrantes musulmanes.

La misma tarde, mientras Ali se sentó a mecanografiar, el Sr. Hamed volvió de la oración del viernes con cara de preocupación. La tarea de mantener a los musulmanes jóvenes en la fe pesan en el Sr. Hamed, un musulmán estricto.

En la mezquita, ese día, un imán visitante advirtió a través de la televisión Americana como se arruinaba la juventud Islámica. "El único remedio deberá ser, levantar a nuestros niños en el temor a Alá," dijo el imán, Omar Saleem Abu-Namous.

El Sr. Hamed está teniendo problemas con su propio hijo de 13 años de edad, Hisham, que adora el Playstation y sueña con ser comediante. "Él tiene un alma Americana," dijo el Sr. Hamed nostálgicamente.

El Sr. Hamed vive en una gran casa del estilo colonial en Manalapan, N.J. El Sr. Hamed trabaja siete días a la semana. En enero, él se olvidó del cumpleaños de su hijo.

"Quiero que ellos crezcan en una sociedad mejor, en una mejor atmósfera por la que lo que yo tuve que atravesar," dijo el Sr. Hamed, refiriéndose a su comienzo como inmigrante trabajando como lavaplatos en la Ciudad de Nueva York. "Pero para hacer esto, yo tengo que pagar un precio."

Sr. Hamed sabe que él no está en su casa el tiempo suficiente para contrarrestar la inevitable incidencia de la preparatoria y la televisión. Su hija, Laila, de 17 años, ha dedicado más tiempo en Egipto que Hisham y lleva orgullosamente su pañuelo para ir a la escuela. Pero es Hisham, más que cualquier otro en la familia, que siente las miradas fijas de su madre y su hermana cuando ellos hacen las compras de comestibles.

En diciembre, el Sr. Hamed hizo un viaje especial con Hisham al matadero. El quiso mostrar a su hijo el negocio.

**Cuándo ellos volvieron a casa, el chico se declaró un vegetariano por el resto de la vida.**